



Grupo Temático N° 18: Historia social del trabajo y de los trabajadores

Coordinadores: Nicolás Iñigo Carrera, María Celia Cotarelo

La propaganda como impulso a la organización. Los “diálogos” de Adrián Patroni en La Vanguardia y en el ABC del Socialismo (1896-1900)

Autor/es: Lucas Poy

Pertenencia institucional: IIGG – UBA – CONICET

Resumen

La ponencia examina un particular dispositivo de propaganda que desarrolló el socialismo argentino de fines del siglo XIX: los diálogos ficcionales en los cuales dos interlocutores argumentaban y contra argumentaban sobre temas políticos e ideológicos. Se trata de una herramienta pedagógica que ha quedado indudablemente vinculada a la figura de Adrián Patroni, uno de los más destacados dirigentes y organizadores del período temprano del socialismo argentino, en tanto la gran mayoría de los “diálogos” salieron de su pluma.

Para el naciente socialismo argentino, como para el conjunto de la socialdemocracia internacional de la época, la palabra impresa era la vía privilegiada para la lucha por la difusión de las ideas y doctrinas revolucionarias. El desarrollo de una creciente intervención en las filas obreras, que tuvo lugar hacia fines de la década de 1880 y comienzos de la siguiente, no hizo más que acentuar este énfasis en la necesidad de la difusión de textos que fueran capaces de explicar y desenvolver las perspectivas políticas socialistas. La propaganda, en efecto, era vista como un sostén indispensable de la organización: la acción conjunta y solidaria de los trabajadores, el abandono de cualquier conformismo y perspectiva individual, requería como condición indispensable el desenvolvimiento de una explicación paciente y pedagógica acerca de las causas de la explotación y las vías para superarla. En la primera parte analizamos brevemente la trayectoria de Patroni y nos concentramos en sus consideraciones sobre la necesidad de impulsar la propaganda sobre los sectores más atrasados de la clase trabajadora. A continuación analizamos cuáles eran los ejes fundamentales de este peculiar tipo de recurso propagandístico y el modo en que reflejan la perspectiva política y estratégica del socialismo argentino de la época

Presentación

Hacia el final del siglo XIX, en una ciudad de Buenos Aires marcada por rápidas transformaciones sociales y económicas, la naciente clase trabajadora avanzaba en la consolidación de sus primeras organizaciones gremiales y políticas.¹ Al calor de sucesivos ciclos de agitación huelguística, que habían puesto en alarma a una clase dominante que ya perfilaba la respuesta xenófoba y represiva que cristalizó en la Ley de Residencia de 1902, los trabajadores dieron continuidad a sociedades de resistencia, federaciones obreras y también a las primeras organizaciones de carácter político que intervenían en el seno del movimiento obrero. Tal como ocurría en otras partes del mundo, la tensión política entre anarquistas y socialistas se plasmaba en una viva disputa por la hegemonía en las filas obreras.²

Se trataba de una lucha política que se procesaba a través de la palabra oral, en fábricas, talleres, en la vía pública, en asambleas y reuniones obreras. Incansablemente, activos militantes dedicaban las escasas horas que les dejaban las extensas jornadas laborales a desarrollar una labor de propaganda y de organización, con el objetivo de impulsar a la acción a sus compañeros de trabajo y al mismo tiempo desenvolver una determinada estrategia política con la perspectiva de la superación de un régimen social y económico que era visto como el causante de la explotación. La oralidad no era, sin embargo, la única herramienta para esa disputa: en efecto, desde fechas muy tempranas la palabra impresa jugó un rol de primer orden en esa lucha propagandística que se desarrollaba en las filas obreras, tal como ocurría por otra parte en otros sectores de la sociedad de la época. Los folletos, los libros y sobre todo los periódicos, impresos en el país o traídos del exterior a través de los muy activos vínculos con el movimiento obrero europeo de la época, constituían una pieza clave para dar forma a esa disputa por la conciencia de los trabajadores. En no pocas ocasiones, por otra parte, esa palabra impresa era el soporte fundamental para la difusión oral, sea porque brindaba elementos para las intervenciones y debates públicos o directamente porque los textos eran leídos en reuniones donde participaban trabajadores analfabetos.

Para el naciente socialismo argentino, como para el conjunto de la socialdemocracia internacional de la época, la palabra impresa era la vía privilegiada para la lucha por la difusión de las ideas y doctrinas revolucionarias (Martínez Mazzola, 2005; Tarcus, 2007). La difusión de folletos y libros había ocupado un lugar destacado en la

¹ Esta ponencia es parte de una investigación postdoctoral sobre los orígenes del Partido Socialista argentino. Las fuentes fueron consultadas en el Instituto Internacional de Historia Social, en Ámsterdam, gracias a una beca de la Fundación Slicher van Bath-de Jong, del CEDLA. Agradezco a Nicolás Iñigo Carrera y Fabián Fernández por la idea de publicar una transcripción de este material en *Estudios del Trabajo* y especialmente a Cristóbal Maro y Juan Buonuome por sus sugerencias y aportes, al tiempo que los excluyo de cualquier responsabilidad en cuanto a errores e inexactitudes.

² Sobre los primeros pasos del movimiento obrero y las izquierdas en Argentina ver, entre otros, Marotta (1960), Oved (1978), Falcón (1984), Zaragoza (1996), Andreassi Cieri (1997), Tarcus (2007), Poy (2014).

organización de los primeros núcleos socialistas en la ciudad, desde el momento en el que la mayoría de ellos habían nacido como reducidos grupos de propaganda. El desarrollo de una creciente intervención en las filas obreras, que tuvo lugar hacia fines de la década de 1880 y comienzos de la siguiente, no hizo más que acentuar este énfasis en la necesidad de la difusión de textos que fueran capaces de explicar y desenvolver las perspectivas políticas socialistas. La propaganda, en efecto, era vista como un sostén indispensable de la organización: la acción conjunta y solidaria de los trabajadores, el abandono de cualquier conformismo y perspectiva individual, requerían como condición indispensable el desenvolvimiento de una explicación paciente y pedagógica acerca de las causas de la explotación y las vías para superarla.

El surgimiento de los primeros periódicos socialistas en español, a comienzos de la década de 1890, pero sobre todo el lanzamiento de *La Vanguardia*, en abril de 1894, dotó al naciente socialismo argentino de una poderosa herramienta de difusión. El periódico, de hecho, funcionó a tal punto como organizador del partido que precedió en dos años a la constitución formal del mismo, a mediados de 1896. En las páginas del semanario se combinaban artículos editoriales sobre la situación política del país con numerosas notas de propaganda —a menudo traducidas de periódicos europeos—, así como crónicas sobre las actividades del movimiento obrero y avisos de actividades. El periódico funcionaba así como un organizador colectivo de la actividad de los socialistas, intentando abarcar desde análisis teóricos y políticos hasta tareas inmediatas de agitación y organización de las luchas.³

Pero esta amplitud de objetivos políticos, propagandísticos y organizativos que se combinaban en un mismo órgano de prensa podía convertirse también en una dificultad, en tanto *La Vanguardia* salía una vez por semana y contaba con sólo cuatro páginas. Era habitual, en efecto, que en las filas socialistas se discutiera acerca de la necesidad de desenvolver otras estrategias de difusión de las ideas partidarias a través de la palabra impresa, fuera a través de una más enérgica política de publicación de folletos y libros, de una mayor periodicidad de *La Vanguardia* o de la edición de otros órganos de prensa suplementarios. Detrás de estas discusiones también se plasmaban diferencias acerca de cuál era el tipo de abordaje que resultaba más útil para desarrollar la política socialista en el país.

En este trabajo examinamos un aspecto de esta problemática, a la luz del análisis de un particular dispositivo de propaganda que desarrolló el socialismo argentino de fines del siglo XIX: los diálogos ficcionales en los cuales dos interlocutores argumentaban y contra argumentaban sobre temas políticos e ideológicos. Se trata de una herramienta pedagógica que ha quedado indudablemente vinculada a la figura de Adrián Patroni, uno de los más destacados dirigentes y organizadores del período temprano del

³ Sobre las características de *La Vanguardia* y su evolución hasta su conversión en diario a mediados de la década de 1900, ver Buonuome (2014).

socialismo argentino, en tanto la gran mayoría de los “diálogos” salieron de su pluma. Más aún, como veremos más adelante, fue Patroni quien desarrolló toda una lucha por dotar al PS de mejores elementos para la propaganda popular, dado que consideraba que se trataba de un aspecto deficitario de la actividad del partido, a punto tal de impulsar él mismo la salida de un órgano específico dedicado a ese fin.

En la primera parte analizamos brevemente la trayectoria de Patroni y nos concentramos en sus consideraciones sobre la necesidad de impulsar la propaganda sobre los sectores más atrasados de la clase trabajadora, entendiendo que se trata de una cuestión clave para comprender su interés por escribir los “diálogos” y por impulsar un emprendimiento editorial específico en ese sentido. A continuación analizamos cuáles eran los ejes fundamentales de este peculiar tipo de recurso propagandístico y el modo en que reflejan la perspectiva política y estratégica del socialismo argentino de la época.

Adrián Patroni y la experiencia de un obrero inmigrante en Buenos Aires

Adrián Augusto Patroni, el menor de seis hermanos de una pareja de emigrantes lombardos de escasos recursos, nació en Montevideo el 5 de abril de 1867. Su madre murió cuando contaba poco más de un año y su padre debió entregarlo para su cuidado a una familia cercana, con quienes el pequeño Adrián vivió hasta los seis años, cuando retornó al hogar paterno. Si bien contó con una educación que le permitió aprender a leer y escribir, Patroni tuvo una infancia indudablemente proletaria: trabajó como vendedor de diarios en las calles montevidéanas y, a la edad de 16 años, aprendió el oficio de pintor. Emigró a Buenos Aires en 1883, atraído por las mayores posibilidades de trabajo que existían en nuestro país, y pronto se empleó como oficial pintor.⁴

Doblemente inmigrante, porque había nacido en Montevideo en el seno de una familia italiana y luego había debido trasladarse a Argentina, Patroni recorrió el camino de la juventud y la adultez característico de tantos miles de obreros en esa Buenos Aires de fin de siglo. Empleado en la industria de la construcción, según sus propios relatos posteriores, fue entonces cuando experimentó las penosas condiciones de la naciente clase trabajadora, en las largas jornadas laborales marcadas por la inestabilidad y explotación. Se casó con Antonina Piñero, inmigrante española de su misma edad, con quien vivieron en diferentes conventillos del barrio de Balvanera: en 1889 nació su única hija, María Consuelo.

Entre los talleres y obras con agotadoras jornadas laborales y los conventillos donde se acomodaban como podían los trabajadores y sus familias, Patroni y otros miles de inmigrantes como él experimentaban la frustración de sus ilusiones de hacerse con un

⁴ Las principales referencias acerca de la vida de Adrián Patroni son Maro (s/f) y la entrada correspondiente en Tarcus, ed. (2007: 492-495). Ver también García Costa (1990).



pequeño capital que les permitiera un ascenso social. Si bien se había vinculado a la sociedad de resistencia de pintores en 1887, e incluso había sido orador en un mitin organizado por trabajadores en huelga en Plaza Constitución en 1889, fue algunos años más tarde, al calor de las consecuencias de la crisis de 1890, cuando Patroni se acercó a las filas socialistas. Sabemos poco sobre el momento preciso de su incorporación al socialismo: a los 79 años de edad, en una entrevista realizada por Dardo Cúneo, recordó que fue la lectura del libro *En el año 2000*, una “utopía” escrita por el norteamericano Edward Bellamy, la que “decidió mi incorporación al movimiento socialista. Vivíamos explotados, vivíamos miserablemente y ese libro nos hablaba de una sociedad armónica, plena de justicia”. Fue a partir de entonces cuando se sumó a las reuniones que se realizaban “en los sótanos de los cafés de la calle Cerrito y Charcas, en donde se reunían los hombres que comenzaban a reclamar un mundo nuevo” (citado por Maro, s/f: 53).

Patroni se convirtió muy pronto en uno de los más activos militantes socialistas, y el período que va desde mediados de la década de 1890 hasta los primeros años del siglo XX constituye su época de más activa militancia. En efecto, desplegaba una actividad incansable: lo encontramos, en diversos momentos, como miembro del comité ejecutivo del partido, e incluso como su secretario general, como redactor en jefe de *La Vanguardia*, pero también interviniendo activamente como organizador de huelgas obreras, dirigiendo discursos en movilizaciones y actos callejeros, interviniendo contra los anarquistas en reuniones de controversia y viajando al interior en “giras de propaganda” dedicadas a impulsar la organización obrera y socialista en diversas localidades del país. En 1898 publicó su libro *Los trabajadores en Argentina*, el primer trabajo dedicado a examinar las condiciones de vida y labor de la clase obrera del país, producto de más de un año de investigación y basado en la colaboración de sociedades y gremios obreros.

Cuando, a comienzos de 1896, Patroni fue candidato en la primera presentación electoral socialista, en los materiales electorales se lo presentaba como “obrero pintor”. Lo cierto es que su activa militancia en las filas socialistas hacía difícil que pudiera dedicarse por completo a dicha actividad. Desde por lo menos 1896, en efecto, Patroni comenzó a aprovechar su formación en la escritura, en buena medida autodidacta, para ganarse la vida también como periodista, colaborando con *El Tiempo* y con *La Nación* (Buonuome, 2014: 66). En diciembre de 1903, luego de regresar de Europa, en un artículo que salía al cruce de acusaciones que ponían un manto de sospecha sobre la financiación del viaje, el propio Patroni declaraba que había sido “pintor hasta 1896, luego seguí siéndolo y a la vez miembro de la redacción de *El Tiempo*. Más tarde, dejé los pinceles para ingresar en la redacción de una revista, estableciendo a la vez una pequeña librería, entrando enseguida en una empresa periodística” (Patroni, 1903). En efecto, hacia 1899, era habitual encontrar en la última página de *La Vanguardia* un aviso publicitario de la “Librería del Pueblo, de Adrián Patroni”, un comercio que estaba ubicado en Charcas al 1500 y ofrecía venta de “libros y útiles de escuela,

juguetes y cigarros”, además de anunciar “rebajas para las asociaciones obreras, centros socialistas y trabajadores en general”.

Patroni era, en suma, un referente de esa primera generación de militantes socialistas en la cual se mezclaban jóvenes de extracción universitaria —como Juan B. Justo, Nicolás Repetto o Enrique Dickmann— con activistas surgidos del movimiento obrero para dar forma a un equipo de cuadros socialistas, dedicados a la construcción del partido. Si bien es indudable que la actividad militante de Patroni se desarrollaba en una multiplicidad de ámbitos, es preciso también advertir que su preocupación permanente fue la de promover la difusión de las ideas socialistas entre los obreros menos activos, con el objetivo de reclutar nuevos adherentes a las filas socialistas. En efecto, más allá de ser un organizador, y muy lejos de ser un teórico, Patroni fue el más destacado agitador y propagandista, y desarrolló una militancia denodada por la popularización de las ideas socialistas. Resulta sintomático, de hecho, que en su recuerdo Patroni hiciera una referencia directa a su conversión al socialismo como producto de la lectura de un folleto propagandístico. Ese quiebre que lo alejó del ámbito de los obreros “indiferentes”, y lo convirtió en un activista socialista, sería clave en su vida; a punto tal que su preocupación principal, como militante y dirigente, sería la de promover esa misma conversión en miles de trabajadores. Entre los dirigentes socialistas de esta época temprana del socialismo argentino, en efecto, Adrián Patroni representa de lejos el que más esfuerzos dedicará al reclutamiento y a la propaganda de los conceptos más elementales de la prédica socialista en las filas obreras.

La preocupación por la “propaganda popular”, de *La Vanguardia* al *ABC del Socialismo*

En un texto publicado en *La Vanguardia* el 1 de febrero de 1896, Patroni ponía de manifiesto la importancia que daba a la propaganda de los conceptos más elementales en las filas obreras. Lamentaba, en primer término, “todas las divisiones que existen en los talleres, ese afán de querer ser unos más que otros, esas riñas entre compañeros de diferentes nacionalidades, esa indiferencia en todo lo que atañe al mejoramiento de la situación en que se hallan los trabajadores y las frecuentes contestaciones de que ‘esto siempre ha sido así y siempre lo será’, ‘siempre hubo ricos y pobres’, ‘será el destino’, ‘es porque Dios quiere’, ‘es perder el tiempo’, etc.”. Era por eso indispensable, en su opinión, que los socialistas que quisieran “hacer algo práctico” se dedicaran a “luchar sin descanso a fin de enseñar lo poco que sabemos, y hacer la propaganda con cierta táctica”. La reflexión de Patroni implicaba una crítica explícita al modo en que los socialistas llevaban adelante la propaganda: “es perder lastimosamente el tiempo”, señalaba, “en una reunión de obreros que el 98 por ciento no tienen aún ideas concretas de lo que es el Socialismo, hablarle de la historia antigua, de las leyes de la evolución”.

El desafío era dirigirse a los trabajadores y “hablarles para que nos entiendan, hacerles palpar de la manera más clara, cuáles son nuestras verdaderas aspiraciones” (Patroni, 1896).

Esta preocupación por desenvolver una propaganda sencilla entre los obreros, que ponía de manifiesto también una cierta tensión al interior del grupo dirigente del partido con otros sectores más intelectualizados que desenvolvían intervenciones consideradas demasiado difíciles de comprender para los trabajadores, se manifestará una y otra vez en las colaboraciones de Patroni para *La Vanguardia*. En 1897, después de celebrar la importante manifestación del 1º de Mayo, advertía no obstante que “nada práctico” obtendrían los socialistas “con celebrar grandes manifestaciones si mañana, cuando sea necesario hacer valer nuestros derechos, solo los defendamos los menos”. La clave era que “el número de los convencidos aumente” y para ello no había mejor método que la palabra impresa: “por medio de *La Vanguardia* han sido atraídos a nuestras filas la mayor parte de los buenos compañeros con que hoy cuenta nuestro joven partido, y no cabe la menor duda de que si todos procuramos convencer a nuestros amigos, regalándoles hoy un número y mañana invitándoles a suscribirse, prestaríamos el más importante concurso” (Patroni, 1897a).

La misma tarea planteaba a mediados de 1899, cuando lamentaba que

La clase trabajadora, en su mayoría ignorante y pesimista enragé, a pesar de sufrir en las actuales circunstancias las abrumadoras consecuencias de la crisis, carece de orientación. Solo una minoría ve claro: esa minoría somos los socialistas. (...) Y, como somos los únicos preparados para asumir una actitud resuelta y altamente beneficiosa, de desear sería, que concretáramos en estos momentos todas nuestras energías en un solo propósito: despertar al pueblo trabajador, hacerle comprender que ni son los industriales proteccionistas, ni los nebulosos comerciantes, ni mucho menos los mercaderes políticos criollos, (quienes) serán capaces de sacarnos del pantano, pues, además de carecer de ideas claras, son demasiado egoístas para afrontar inteligentemente una acción colectiva (Patroni, 1899).

Incluso más tarde, en 1902, Patroni advertía sobre las dificultades que se encontraban en la divulgación de “doctrinas demasiado científicas para ser comprendidas por una clase trabajadora en su mayor parte atrasada” (citado en Buonuome, 2014: 22). Esta insistencia de Patroni por orientar la propaganda hacia “los indiferentes” se vinculaba con su preocupación por aumentar el número de militantes y simpatizantes socialistas, una cuestión que lo obsesiona desde estas fechas tempranas. En un texto de fines de 1897, titulado precisamente “A los indiferentes”, Patroni se dirigía a la figura de un trabajador a quien decía que “si aún no estás completamente embrutecido, llegarás a comprender que la sociedad en que vives, no puede ser más injusta, y sin necesidad de grandes meditaciones, también llegarás a comprender que es necesario luchar para que cuanto antes desaparezcan tantas injusticias”. Con formulaciones que ya prefiguraban el

formato de los diálogos que pronto saldrían de su pluma, continuaba argumentando que no debía cifrar la salvación “en quienes dicen: ‘sufre en la tierra para gozar en el cielo’, pues ellos son los principales causantes de la ignorancia de las masas. No des crédito a los que manifiestan luchar por engrandecimiento de la patria, pues estos son tan farsantes como los que piden resignación. Huye de aquellos que declaran ‘yo también he sido obrero y a fuerza de economía he llegado a poseer mi capital’. En suma, nada puedes esperar de los que están interesados en vivir sin trabajar” (Patroni, 1897b).

La preocupación de Patroni por la necesidad de promover la “propaganda popular” y su inquietud por la incapacidad de *La Vanguardia* para jugar ese papel en forma adecuada lo llevaron a impulsar la aparición de un nuevo órgano de prensa, dedicado específicamente a ese objetivo. Así surgió, en septiembre de 1899, el *ABC del Socialismo. Periódico semanal de propaganda popular*, una hoja de pequeño formato, editada y dirigida por el propio Patroni, con la cual pretendía cubrir ese espacio dedicado a la difusión sencilla de los principios socialistas. Además de su lenguaje claro y pedagógico, la clave de la propuesta del *ABC...* era su bajo precio: se vendía a sólo un centavo, en una época en que *La Vanguardia* costaba 10. El objetivo era que los centros y militantes socialistas compraran un buen número de ejemplares para distribuirlos en forma gratuita entre los trabajadores menos conscientes, de modo de promover el reclutamiento (Buonuome, 2014: 66-68).

La experiencia del *ABC del Socialismo*, que continuó editándose hasta 1901, aún no ha sido objeto de una investigación específica, que excede los límites de este trabajo. Nos interesa destacar, en cualquier caso, el lugar de relieve que encontró en esta publicación la estrategia propagandística de los “diálogos” ficticiales que ya desde algunos años antes el propio Patroni venía promoviendo en *La Vanguardia*. A través de su análisis es posible adentrarnos en el modo en que este dirigente interpretaba a la propaganda socialista como forma de impulsar la organización obrera.

Los diálogos de ficción como estrategia propagandística

En efecto, los diálogos resultaron un recurso especialmente útil para dar expresión a esta preocupación recurrente por la popularización de la propaganda socialista, por hacer llegar en forma simple y sencilla los principales conceptos políticos a los sectores más atrasados de la clase trabajadora. Estos diálogos habían comenzado a popularizarse en *La Vanguardia* desde mediados de 1896, precisamente después de que el congreso constituyente del partido designara a Patroni como redactor en jefe del periódico. Casi veinte de ellos aparecieron en *La Vanguardia* en los tres años posteriores, y es posible encontrar una cantidad similar, si bien más breves debido al menor tamaño de la publicación, en los ejemplares del *ABC del Socialismo* que han quedado disponibles para la investigación.

Según Buonuome, el de los diálogos era “un dispositivo pedagógico que retomaba el esquema catequístico de pregunta-respuesta” (2014: 22-23). En efecto, fue utilizado desde fechas muy tempranas como recurso para la evangelización de los pueblos indígenas americanos y su presencia era habitual en obras decimonónicas. Se trataba de una herramienta especialmente cómoda para la difusión pedagógica de una serie de conceptos básicos, que buscaba aprovechar los conocimientos, ideas y prejuicios previos del lector y apoyarse en ellos para desenvolver un nuevo aprendizaje. Tal como apuntan las investigadoras mexicanas que analizaron la utilización de este recurso en la obra del escritor novohispano José Joaquín Fernández de Lizardi, “una singular ventaja del diálogo, aparte de la oralidad y teatralidad, se encuentra en su particular estructura que permite al escucha o lector seguir los argumentos de las partes en una discusión, involucrando al auditorio que quizá consiga adherirse o rebatir por su cuenta lo que presencia en el diálogo” (Ozuna Castañeda et al, 2000: 160).

La mayoría de los diálogos, en el caso de Patroni, eran entre obreros. El formato elegido en casi todos ellos era el de presentar a dos interlocutores: por un lado, un obrero “indiferente”, que ponía en locución todos los argumentos y prejuicios que los militantes y activistas socialistas encontrarían en forma habitual al desenvolver su actividad propagandística en el seno de las filas obreras. Por el otro, un obrero “consciente”, por lo general activo en las filas socialistas, que ya había dado el paso decisivo hacia una comprensión de las doctrinas socialistas y las explicaba, con gran paciencia y persuasión, a su interlocutor.

Está claro que los diálogos eran ficticios, y por lo tanto sería un error pretender tomarlos en forma literal como los intercambios que efectivamente tenían lugar en fábricas, talleres, fondas o conventillos entre los trabajadores de la época. Pero al mismo tiempo es indudable que, para ser verosímiles —y para el éxito de la propaganda era preciso que lo fueran— los diálogos de ficción debían recorrer toda una serie de inquietudes, prejuicios y dudas que efectivamente eran los que surgían entre los trabajadores y activistas de la época. Nos permiten captar, de esta manera, muchas de las preocupaciones y discusiones que recorrían a la clase obrera en este período, en la medida en que nos ofrecen un cuadro de los distintos argumentos que debían enfrentar los militantes socialistas en su labor de propaganda.

Los ejes de los diálogos estaban en sintonía con los que planteaba el propio Patroni en sus artículos propagandísticos, citados anteriormente. En ese sentido, encontramos en los diálogos menos una innovación programática que una modificación en el género: la apelación a los intercambios ficcionales ponía de manifiesto la tenaz búsqueda de Patroni por encontrar el tipo de pieza de propaganda que pudiera ser capaz de penetrar con más facilidad en las conciencias obreras.

En suma, una crítica concentrada en la que proponían a los trabajadores resignación, fundamentalmente la Iglesia, así como a los que les planteaban entusiasmarse con la patria o confiar en el ascenso social. Resignación cristiana, entusiasmo patriótico o intento de enriquecimiento individual eran diferentes variantes de vías que alejaban a los trabajadores de la conciencia de clase, y por ende debían ser combatidas a través de una propaganda metódica. Eran los trabajadores quienes producían toda la riqueza, mientras que los explotadores eran aquellos “haraganes” que vivían del trabajo ajeno. Esa realidad tan clara era, según Patroni, la que debía ser comprendida por los trabajadores y a tal fin debía orientarse la propaganda. El propósito era que los trabajadores fueran conscientes de su situación de explotados y se unieran entre sí para enfrentar al capital: en primer término a nivel gremial, con sus compañeros de oficio, para la lucha económica, pero luego también con todos los trabajadores, en una lucha política para superar al capitalismo.

La denuncia de la explotación y la crítica al conformismo

El primero de los ejes era una denuncia de las condiciones de vida de los trabajadores: el objetivo era pintar el cuadro de los “días sombríos” (como rezaba el título de uno de los diálogos) que vivían cotidianamente los trabajadores. Al retratar con cierto detalle las penosas condiciones de explotación se esperaba despertar las conciencias de los trabajadores sobre la necesidad de organizarse para revertir su situación. Así, encontramos escenas como la de la “madrugada cruel” en la cual los trabajadores van desde muy temprano al diario *La Prensa* para conseguir los avisos clasificados y buscar un empleo (“Días sombríos”), la de los obreros que conversan en la puerta de la fábrica sobre las enfermedades en la familia, incapaces de combatirlas por falta de dinero para pagar un médico (“Cinematógrafos”) o la de los peones del campo que deben penar de una estancia a otra para conseguir algo de trabajo, únicamente en el momento de la cosecha (“Entre criollos”). La situación de los trabajadores del interior, en efecto, era una cuestión a la cual Patroni prestaba especial interés: su preocupación por utilizar un lenguaje criollista y expresiones gauchescas era otra expresión de su inquietud por popularizar el discurso de los socialistas y enfrentar los prejuicios que podían surgir entre quienes lo consideraban un movimiento político integrado únicamente por extranjeros (Peraldi, 2008).

Frente a este tipo de situaciones, los diálogos se enfocaban en la necesidad de combatir las actitudes conformistas o resignadas de los trabajadores, e inculcar en ellos la necesidad de organizarse para obtener sus reivindicaciones. Este cuestionamiento a la pasividad y la aceptación del *statu quo* era una constante en los diálogos, y se concretaba en torno a diversos tópicos. Uno muy común era la argumentación en contra de la postura que recomendaba resignación y aceptación de la suerte que tocaba a los



trabajadores: “a los pobres no nos queda más remedio que la conformidad”, “gracias que tenemos trabajo” eran planteos que el propagandista de ficción de los diálogos de Patroni debía responder (“A la puerta de la fábrica”). En ocasiones ese conformismo era directamente vinculado con la prédica de la Iglesia Católica, como en el ejemplo de “En un sermón”, en donde un párroco recomendaba “sufrir con paciencia las penalidades de la vida, respetar y ser obedientes con vuestros superiores, conformaros con las privaciones, si queréis ser dignos de nuestro Señor Jesucristo”.

Otros rasgos que eran vistos como hostiles al desarrollo de una conciencia de clase, y por ende debían ser criticados, eran la confianza en la perspectiva de ascenso social individual o la participación en sociedades y agrupaciones no clasistas. El primero de estos aspectos puede advertirse, por ejemplo, en las insistentes argumentaciones en torno a la cuestión del “ahorro”. Para Patroni, era clave dejar claro que las posiciones de clase habían cristalizado de manera definitiva debido al desarrollo capitalista, y que estaba fuera de lugar cualquier ilusión acerca de la posibilidad de ascender socialmente sobre la base de la resignación, el trabajo duro y el ahorro. Por otro lado, la participación en sociedades “carnavalescas”, así como el hábito de consumir bebidas alcohólicas y pasar tiempo en “tabernas y cafés” eran criticados en forma insistente. En oposición a ello, la actitud de un trabajador consciente debía ser fomentar el hábito de la lectura, el estudio y la participación en conferencias y reuniones socialistas: todo ello representaba el primer paso para superar el individualismo y el conformismo.

La crítica a la resignación iba de la mano de una comprensión de los mecanismos que estructuraban la sociedad capitalista. Para Patroni, la pasividad y la falta de solidaridad sólo podían ser comprendidas como consecuencia de la incapacidad de un obrero de entender cómo funcionaba la sociedad, por qué había ricos y pobres y por qué tal estado de cosas estaba destinado a perpetuarse a menos que se hiciera algo para evitarlo. Por eso era persistente en los diálogos el intento de explicar de manera simple “por qué hay ricos y hay pobres”. El obrero consciente era aquel que advertía “que la sociedad en que vivimos está compuesta de oprimidos y opresores, o sea de dos clases antagónicas, la una, compuesta de trabajadores y la otra de capitalistas” (“Pequeña cartilla socialista”). Se trataba de ir más allá de una mirada puramente superficial y advertir que detrás del diferente acceso a la riqueza se encontraba un diferente acceso a la propiedad y al producto del trabajo. Tal como Patroni le hacía decir a un niño: “en todas partes los que trabajan son pobres; por ejemplo albañiles, pintores, empedradores, carpinteros; todos los que trabajan andan mal vestidos (...) Si los pobres hacen casas, plantan verduras, manejan máquinas, ¿por qué no trabajan para sí y no para los ricos?” (“Cosas de niños”).

La necesidad de la organización: de la lucha económica a la lucha política

Para enfrentar esta situación, la tarea era organizarse. En primer lugar, de la forma más inmediata: junto a sus compañeros de oficio, en una sociedad de resistencia, para desenvolver una lucha económica por las reivindicaciones más acuciantes. Eso no implicaba, de todas formas, recomendar en todos los casos la declaración de huelgas. En efecto, en los diálogos podemos encontrar esa ambivalente caracterización de las huelgas que tenían los socialistas en este período, como producto de su disputa política con los anarquistas. “Fundar sociedades por oficio, gremiales o de resistencia, no quiere decir declarar huelgas sin ton ni son”, aclaraba uno de los interlocutores en “Asociaciones de resistencia”. La política socialista recomendaba la construcción de sólidas organizaciones gremiales, capaces de “preparar a los elementos para la lucha” y en todo caso elegir el momento y la forma apropiados para desenvolver la misma. La huelga no era el método ideal, pero no se podía llegar “al extremo de desecharla, cuando se la usa a su tiempo y se aprovecha una buena oportunidad”.

Era habitual que los diálogos intentaran mostrar la comprensión de la necesidad de organizarse como el corolario de una determinada experiencia. “La experiencia enseña a vivir. El verano pasado fui un traidor a los compañeros de la fábrica; cuando ellos trataban de asociarse, de fundar la sociedad de resistencia, para conseguir algunas ventajas, yo servía de portavoz del director”, decía uno de los trabajadores en el diálogo “Necesidad de la organización”. El cambio había sobrevenido cuando “el trabajo comenzó a escasear, aumentaron las horas de trabajo, bajaron el sueldo y empezaron a suspendernos y despedirnos”: a partir de ese momento, concluía el trabajador, se había convencido de que “los patronos son enemigos de la unión de los trabajadores para así explotarnos más y mejor”.

Pero esta lucha puramente económica no era suficiente. En efecto, en los diálogos se observa la insistente prédica de los socialistas en pro de la necesidad de la acción política, es decir de la organización de los trabajadores en su conjunto en torno a un partido de clase. Un ejemplo interesante de cómo esta argumentación buscaba apoyarse en la experiencia concreta de lucha de los trabajadores la encontramos en el diálogo titulado “Nuestra verdadera lucha: la acción política”, que apareció en *La Vanguardia* en septiembre de 1896, en pleno desarrollo de la “huelga grande” de ferrocarrileros y mecánicos. En efecto, allí se partía del impacto generado en las filas obreras por el envío de bomberos y efectivos militares para tomar las tareas que habían abandonado los trabajadores, tanto en talleres ferroviarios como en el puerto y en las usinas de gas. El diálogo intentaba poner de manifiesto cómo esa acción rompeshuelgas destacaba el carácter capitalista del gobierno y del estado y por ende la necesidad de los trabajadores de acompañar la lucha económica con una lucha política. “Yo antes creía como tú, que el gobierno era la representación del pueblo”, decía el obrero de ficción, “pero me he llegado a convencer de que no hay tal cosa”. El hecho era que el gobierno estaba

compuesto por “la clase rica”, y por lo tanto cualquier imparcialidad era imposible. La tarea que se desprendía, por lo tanto, era la de avanzar en la organización política de la clase obrera: “si tuviéramos en estos momentos uno o varios diputados elegidos por nosotros para que fueran a defender nuestros legítimos derechos”, concluía, “¿no crees que hubieran protestado contra el envío de marineros, foguistas y bomberos a los talleres?”

La explicación de quiénes eran y qué planteaban los socialistas era, por supuesto, una constante en los diálogos. En muchos de ellos, a través de preguntas del personaje ficcional que representaba al obrero “inconsciente”, Patroni buscaba salir al cruce de los principales prejuicios que debían enfrentar los socialistas en su militancia cotidiana. Se respondía a los argumentos que planteaban “que los que se llaman socialistas son una punta de haraganes que quieren repartir el capital de los ricos” o que pretendían que el obrero laborioso repartiese “el fruto de su trabajo con el holgazán” (“En las horas de descanso”). Era clave y constante, en este sentido, la insistencia en que la sociedad estaba dividida en dos clases antagónicas, con intereses divergentes basados en el diferente acceso a los medios de producción. La tarea de los trabajadores conscientes era advertir esta división y organizarse en torno a la política socialista, que buscaba abolir esas diferencias de clase y asegurar a todos los trabajadores el producto de su labor. Lo que ocurría en la sociedad no eran “injusticias” sino “una consecuencia lógica del desconocimiento que los trabajadores tienen de sus propios intereses” (“En las horas de descanso”).

Se destacan, en este punto, las delimitaciones con la Unión Cívica Radical, que ponen de referencia que se trataba de una fuerza política con influencia en las filas obreras. Aun después de la indudable crisis del partido radical en 1895-1896, los diálogos revelan que los socialistas advertían a los radicales como un adversario, un competidor que conspiraba contra la estructuración independiente del proletariado en un partido propio. En uno de los diálogos, un obrero comienza diciendo que no encuentra sentido inscribirse en el padrón electoral “porque se ha disuelto el partido radical” (“El partido obrero”). Los textos de Patroni se esfuerzan en este punto por cuestionar la expectativa de que un eventual gobierno radical traería “honradez administrativa” y el fin del “robo del dinero público”. Los trabajadores debían advertir que éstas eran consignas vacías que encubrían que el gobierno seguía en posesión de la clase capitalista y sería incapaz por lo tanto de modificar la situación de los trabajadores (“Seré socialista”).

La preocupación por argumentar contra otros adversarios, que pone de relieve que en el seno de la clase trabajadora se desenvolvía una lucha política en la que intervenían también las fuerzas políticas ajenas al movimiento obrero, se observa también en el breve diálogo titulado “Cuando suba Roca!!”, en el cual se criticaba a un trabajador que confiaba en la impronta liberal y anticlerical de dicho dirigente. Asimismo, Patroni dedicaba un espacio a la lucha política contra la participación de los trabajadores en los

grupos formados por los partidos del régimen con el objetivo de asegurar el fraude electoral. En “Instantáneas”, por ejemplo, se retrataba el caso de un joven estudioso que, por juntarse con unas malas amistades, había terminado siendo parte de los grupos de “bravos” que practicaban el fraude electoral, en connivencia con la policía, a cambio de comida, bebida y dinero. La insistencia en sumar a los trabajadores a la lucha política en las filas socialistas, en este sentido, era también expresión de una lucha contra la degeneración moral y política de quienes participaban como “tropa” de dirigentes corruptos de la clase dominante.

Tal como el lector podrá apreciar al recorrer la transcripción de los diálogos, la riqueza de su formulación como estrategia propagandística reside precisamente en su lectura completa, y en la presente ponencia nos hemos limitado a subrayar lo que creemos son algunos de los ejes fundamentales que pueden orientar la lectura. Si bien estaban lejos de ser obras destacables desde el punto de vista literario, los diálogos de Patroni fueron una expresión de su tenaz batalla por la difusión de las ideas socialistas en las filas obreras y representaron un aporte en la historia temprana del socialismo y del movimiento obrero argentino. A partir de su lectura y su difusión, militantes y activistas encontraron una herramienta para avanzar en la organización junto a sus compañeros de oficio y de clase, en el marco del vivo proceso de estructuración de una conciencia obrera y en disputa con otras influencias políticas.

De nuestra lectura de los diálogos y los trabajos de Patroni se desprende que su principal aporte —y en ocasiones su diferencia con otros dirigentes del socialismo local— se concentraba menos en cuestiones de fondo, referidas a la táctica y la estrategia socialista, que en un aspecto de forma, acerca de la mejor manera de acercarse a los trabajadores más alejados de las ideas socialistas. En efecto, encontramos que la perspectiva política que se deriva de los diálogos, y que hemos intentado explicitar aquí, es consistente con la línea más general que desenvolvía el Partido Socialista en el período: en su caracterización de las huelgas y las luchas económicas, en el papel asignado a la acción política, en su interpretación del papel jugado por la Iglesia Católica y la Unión Cívica Radical o en la importancia otorgada a la difusión de la palabra impresa, la lectura y la educación.

Más aún, encontramos en los trabajos de Patroni esa misma convicción acerca del carácter no contradictorio entre la evolución y el progreso de la sociedad, por un lado, y la lucha socialista de la clase obrera. En efecto, en la perspectiva de los socialistas de la época, la clave era que la posición de los socialistas en defensa de una clase, la de los trabajadores, en su lucha contra los explotadores, no era incompatible sino complementaria con un planteo favorable al desarrollo y el progreso *del conjunto* de la

sociedad. Así, en los diálogos se aseguraba varias veces que los socialistas fomentaban la “lucha de clases” pero no el “odio de clase”. En un diálogo ficcional con un interlocutor que reproducía los ataques anti socialistas dirigidos por un párroco —una referencia bastante evidente al padre Grote, impulsor de los círculos católicos de obreros— el trabajador consciente aclaraba que “los socialistas nunca hemos soñado con apoderarnos del dinero de los ricos, lo que deseamos es que no haya más ricos y pobres, pero sí una gran familia de trabajadores” (“Después de un sermón”). Del mismo modo se hacía evidente en el diálogo que defendía la lucha por la emancipación de la mujer, cuando se planteaba que “los socialistas, al luchar por un cambio social que esté en armonía con el progreso nos preocupamos seriamente de emancipar a la mujer, reclamando para ella el puesto honroso que le pertenece”.

Ese “cambio social en armonía con el progreso”, leitmotiv y eje de la prédica socialista, reaparece en diversos tramos de los diálogos y coloca en este sentido a Patroni como uno de los principales propagandistas de esa primera generación de socialistas activos en nuestro país.

Referencias

- Andreassi Cieri, Alejandro (1997), *La rebelión de los metecos. Conflictividad laboral y social en Buenos Aires, 1895-1910*, Barcelona, CIMS.
- Buonuome, Juan (2014), “*La Vanguardia, 1894-1905. Cultura impresa, periodismo y cultura socialista en la Argentina*”, Tesis de Maestría en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés.
- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- García Costa, Víctor (1990), *Adrián Patroni y Los trabajadores en Argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- Maro, Cristóbal (s/f) “Las utopías de fin de siglo. Adrián Patroni, los socialistas y los trabajadores en el Río de la Plata”, Tesis de Maestría, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Marotta, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1907*, Buenos Aires, Editorial Lacio.

- Martínez Mazzola, Ricardo (2005), “El papel de la prensa en la formación del socialismo en la Argentina (1890-1912)”, trabajo presentado en VII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la SAAP-Universidad Católica de Córdoba.
- Oved, Iacov (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ozuna Castañeda, Mariana et al. (2000), “Informando y educando: el diálogo en el periodismo de J.J. Fernández de Lizardi”, en *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Guadalajara, Altexto.
- Patroni, Adrián (1896), “Ignorancia”, en *La Vanguardia*, 1 de febrero.
- Patroni, Adrián (1897a), “Algo práctico”, en *La Vanguardia*, 9 de mayo.
- Patroni, Adrián (1897b), “A los indiferentes”, en *La Vanguardia*, 4 de diciembre.
- Patroni, Adrián (1899), “¿Qué hacer?”, en *La Vanguardia*, 22 de julio.
- Patroni, Adrián (1903), “Las cosas en su lugar”, en *La Vanguardia*, 19 de diciembre.
- Peraldi, Carina (2008), “Adrián Patroni y el ABC del Socialismo. El criollismo como estrategia pedagógica socialista”, trabajo presentado en el Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores Área de Historia, organizado por el IDAES.
- Poy, Lucas (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Tarcus, Horacio (2007), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tarcus, Horacio (ed.) (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Zaragoza, Gonzalo (1996), *Anarquismo argentino 1876-1902*, Madrid: Ediciones de la Torre.